

JOSÉ M. FARALDO

CONTRA HITLER Y STALIN

La Resistencia en Europa
1936-1956

ALIANZA EDITORIAL

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© José María Faraldo Jarillo, 2022

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-631-4

Depósito Legal: M. 27.770-2021

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

HISTORIA DE LA FOTO DE PORTADA	13
INTRODUCCIÓN	15
Comprender la Resistencia	17
Por una narración paneuropea de la Resistencia	19
¿Qué fue la Resistencia?	20
La Europa clandestina	23
1. LOS INICIOS: DE ESPAÑA A CHECOSLOVAQUIA	29
La guerrilla transnacional en España	30
La otra Alemania	31
Austria: entre víctima y verdugo	34
El desmantelamiento de Checoslovaquia	37
2. LA EMOCIÓN DE LA RESISTENCIA	47
El mapa emocional de la Resistencia	49
El nacionalismo como emoción	51
Las emociones de la juventud	55
3. LA DOBLE INVASIÓN DE POLONIA	59
Ocupación por partida doble	59
El comienzo de la doble resistencia	65

Estructura y organizaciones	68
La Resistencia institucionalizada: el «Estado Clandestino»	71
4. NARRATIVAS Y DISCURSOS	79
La prensa clandestina	80
Símbolos	84
Músicas	86
Europa y la Resistencia	88
5. LA LUCHA EN ESCANDINAVIA	95
La marcha soviética sobre el Báltico	97
La semilla de la Resistencia	99
Diferencias entre las ocupaciones	104
La gran traición: Dinamarca y Noruega	105
Resistencia ciudadana en Dinamarca	108
La lucha armada en Noruega	113
6. CONTRA EL IMPERIO DE HITLER	119
Primeros pasos	121
El crecimiento de la Resistencia	126
La ocupación y la división de Francia	130
De Gaulle y la Francia Libre	132
Principales grupos de resistencia	136
La coordinación de la Resistencia	139
7. LA EXPERIENCIA DE LA RESISTENCIA	143
Cómo entrar en la Resistencia	145
La simbólica de la admisión	148
La experiencia de la lucha	149
Sexo, amor y muerte	152
De la detención a la condena	155
8. LAS GUERRAS DE LOS BALCANES	159
Italianos en los montes de Albania	159
La ocupación de Grecia y Yugoslavia	163
La lucha en Grecia	166
El nacimiento de los partisanos yugoslavos	170
9. MUJERES Y RESISTENCIA	179
Mujeres clandestinas	179
Mujeres en armas	182

Dirigentes y enlaces en España	185
Mujeres de un nuevo siglo	187
10. LA INVASIÓN DE LA URSS: EL GRAN IMPULSO	191
El giro de la Resistencia	191
La guerra secreta	193
La guerra partisana de Stalin	198
La lucha antipartisana	200
La Resistencia judía	202
Italia se pasa a la <i>resistenza</i>	205
11. LOS LEVANTAMIENTOS DE 1944 Y 1945	213
Levantamientos	215
El occidente de Europa	222
En las fronteras	225
Operación <i>Burza</i>	228
Sangre en los Balcanes	230
12. LA GUERRA TRAS LA GUERRA: CONTRA FRANCO Y STALIN	235
Un nuevo enemigo	237
El regreso de los espías	241
Comunistas contra el último fascista	243
La Resistencia cruza los Pirineos	244
Las guerrillas comunistas en España	247
Huir al monte en Rumanía	249
La continuidad de la Resistencia polaca	251
Los «Hermanos del Bosque»	254
La lucha armada del UPA	259
13. EL DIARIO DEL PARTISANO	263
Una jornada	265
Comer en el monte	269
Ocio e instrucción	270
14. LA MEMORIA DE LAS RESISTENCIAS	275
El consenso antifascista	277
Los mitos comunistas	281
El fin de un mito y el comienzo de otro	283
15. LA RESISTENCIA EN LA ERA DE LAS VÍCTIMAS	289

ORGANIZACIONES DE RESISTENCIA	299
AGRADECIMIENTOS	303
NOTAS	305
LISTA DE ILUSTRACIONES	325
BIBLIOGRAFÍA	327
ÍNDICE ONOMÁSTICO	341

*A la memoria de mis padres, Carmen y Jose,
que sobrevivieron a aquella cruel posguerra*

HISTORIA DE LA FOTO DE PORTADA

La foto de portada presenta a tres miembros de un grupo de partisanos de la NSZ (Fuerzas Armadas Nacionales), integrado en el *Armia Krajowa*, posiblemente en 1944. En el centro está Stefania Firkowska, que fue miembro del pelotón y luchó contra los nazis hasta el final de la guerra. Cuando en 1945 el Ejército Rojo desarmó a su destacamento y detuvo a sus jefes, Stefania siguió combatiendo clandestinamente, esta vez a los comunistas. El Domingo de Resurrección de 1946, por la noche, fue localizada en la casa de su madre por cuatro funcionarios de la policía secreta. Fue detenida y hecha desaparecer. Nunca nadie volvió a saber de ella y la investigación posterior, aunque dio con el presunto mando de la policía secreta que la capturó, no fue capaz de encausar a nadie. El destacamento de Firkowska estaba capitaneado por Józef Wyrwa “El Viejo”, quien, tras la guerra, perseguido por la policía secreta comunista, pudo huir y, tras un periplo por varios países, vino a residir a España, muriendo en Madrid en 1970. El hijo de Józef, Tadeusz Wyrwa, también partisano, huyó con él, primero a Estados Unidos, donde fue detenido por negarse a combatir con el Ejército estadounidense en la guerra de Corea. Luego, en España, estudió en la Universidad Complutense de Madrid, donde se doctoró. Murió en Francia en 2010.

INTRODUCCIÓN

En las rañas y sierras de la Jara —a caballo entre Castilla y Extremadura— era habitual en mi infancia escuchar a los mayores hablar de los «hombres de la sierra», de los «bandoleros». Las historias que se contaban hablaban de pobres hombres perseguidos sin tregua por la Guardia Civil, pero que, a la vez, también constituían, de alguna manera, una amenaza. Sólo con el tiempo y muchas lecturas llegué a comprender que aquellos personajes que yo me pintaba en la imaginación como adustos hombres con fusil y manta al hombro no eran otra cosa que guerrilleros, maquis, luchadores antifranquistas. A consecuencia de la feroz y eficaz propaganda de la dictadura, su figura resultaba ambivalente: no acababa de ser positiva y, sin embargo, tampoco era del todo negativa. Eran personajes intrigantes de los que sólo en los últimos años hemos podido saber de verdad quiénes eran, qué buscaban, cuáles eran sus ideales y objetivos¹.

En realidad, y con todas las diferencias posibles, los maquis españoles no se alejaban demasiado de otros muchos guerrilleros a los que la literatura, el cine y los cómics nos habían acostumbrado. La Segunda Guerra Mundial había llenado las cabezas de los niños de mi generación de combates figurados gracias a los tebeos de Hazañas Bélicas o el Sargento Furia, de las maquetas de plástico de batallas y combates de Mattel, de las series de televisión y las películas de Hollywood con nazis malos y yanquis buenos.

En todos estos medios, los guerrilleros de las resistencias habían tenido un papel importante.

No sé muy bien cuánto de todo este sedimento de cultura popular y de memoria histórica local se reflejó en mi libro publicado en 2011 *La Europa clandestina*, en el que mostraba un panorama europeo de las resistencias contra el nacionalsocialismo y el estalinismo². De seguro que, aunque fuera de forma inconsciente, algo de aquello impregnó mis reflexiones sobre quienes se enfrentaron a las ocupaciones de los dos peores regímenes dictatoriales de la historia europea. Muchas cosas han cambiado desde entonces. Algunos de los personajes cuyo testimonio usaba para explicar los hechos todavía estaban vivos cuando publiqué aquel libro. De ellos, unos cuantos todavía alcanzaron a recibir homenajes y medallas, otros murieron en silencio, ignorados por la mayoría de la sociedad a la que habían dedicado algunos de los mejores años de sus vidas.

El interés público por la Resistencia, sin embargo, no ha decaído desde entonces y, en algunos aspectos, incluso se ha incrementado. En los últimos años hemos aprendido mucho acerca de quienes se enfrentaron a Hitler y a Stalin con las armas en la mano. Por eso se hacía necesario volver sobre el tema, de forma renovada y fresca.

Sin embargo, el punto de partida es el mismo de entonces: el convencimiento de que la Segunda Guerra Mundial en Europa no concluyó hasta que, a partir de 1948 y hasta finales de los años 1950, los últimos guerrilleros en España, en Grecia, en Rumanía, en Lituania, en Ucrania, en los bosques polacos, se dieron por vencidos o fueron exterminados. Las brutales ocupaciones, las matanzas y genocidios habidos durante la guerra habían acabado con las consecuencias del Tratado de Versalles que había sellado la Primera Guerra Mundial, mientras que las deportaciones, trasvases de población y repartos de territorio que siguieron al segundo gran conflicto habían terminado con los litigios fronterizos de entreguerras. Pero no sólo eso. Aquellos dramáticos acontecimientos también hicieron desaparecer —por la fuerza— la polarización social de la década de 1930, con los enfrentamientos sociales que llevaron a las situaciones revolucionarias y a los fascismos. Probablemente, sólo la aniquilación de la juventud europea, destruida a millones en el período que va de 1936 a 1945, permitió que el principio de la posguerra mundial, con su tremenda pobreza y depresión económica, no desembocara en revuelta abierta³. El cansancio de la guerra y el monopolio de la violencia ejercido por las dictadu-

ras de derechas en España y Grecia y por los epígonos soviéticos en Europa Central y Oriental, condujeron a que los últimos hombres y mujeres que lucharon con las armas en la mano contra las dictaduras nacidas del período de entreguerras, murieran, fueran capturados o se exiliaran.

Estos grupos partisanos habían sucedido a los movimientos clandestinos que en el violento y complejo huracán de la Segunda Guerra Mundial habían combatido contra sus respectivos invasores. Muchos de los últimos partisanos habían integrado aquella clandestinidad antinazi o antisoviética, incluso ambas. También el resurgimiento de los maquis españoles a partir de 1944 tuvo más que ver con las esperanzas del final de la guerra, con la experiencia de la Resistencia francesa y con las estrategias partisanas soviéticas que con la propia Guerra Civil Española en la que muchos de ellos habían participado.

La Resistencia en Europa se había formado desde el momento mismo en que la Wehrmacht había atacado Polonia el 1 de septiembre de 1939. Cuando, dos semanas más tarde, el Ejército Rojo invadió las regiones orientales de dicho país, ya habían comenzado a estructurarse una serie de movimientos de reacción a ambos invasores, tanto dentro de las zonas ocupadas como en el exilio. Poco después, la ocupación nazi de los países de Europa Occidental y la de los países bálticos, Besarabia y Carelia por parte de los soviets hicieron surgir grupos de oposición también en el resto de los países que se encontraban bajo la égida de las dos grandes dictaduras. A ello habría que añadir, algo que se olvida a menudo, las invasiones italianas. En Albania, Grecia y Yugoslavia la Resistencia comenzó como enfrentamiento con los ejércitos del fascismo italiano. La mitología del *italiani brava gente*, como en el caso del Holocausto, ha escondido muchas veces la responsabilidad de los ejércitos de Mussolini en la violencia imperialista de la Segunda Guerra Mundial⁴. A lo largo de aquellos años, una red de organizaciones, a veces muy pequeñas, pero en ocasiones de considerable tamaño, se ocuparon de sabotear, a veces física y militarmente, pero por lo general a través de propaganda y contrainformación, los esfuerzos de los regímenes *totalizantes* por instalar sus sistemas en la Europa ocupada.

Comprender la Resistencia

Este libro es, en primer lugar, un intento de comprender el fenómeno de la resistencia de unos sectores de la población europea a la ocupación militar y la imposición nacional por parte de un Estado invasor. En el con-

texto de los años 1939 a 1945 y la década inmediatamente posterior, la imposición de un Estado invasor se transforma pronto en dictadura propia —el caso de los territorios soviéticos— o la dictadura propia —Italia, Hungría, Rumanía— desemboca en una invasión exterior. Entre medias está España, donde partes del propio ejército —llamado por ellos mismos, de «ocupación»— colaboraron con civiles del interior, pero también con fuerzas fascistas italianas y nazis alemanas, para invadir su propio país.

El libro es, pues —entre otras cosas—, un análisis de cómo y por qué unas personas, generalmente congregadas en organizaciones o grupos, se negaron a aceptar un poder político que consideraban ajeno. Describimos las formas en que se llevó a cabo la resistencia, el contexto de guerra y posguerra en el que se movieron. No es un manual ni una síntesis al uso, sino más bien una interpretación. Ciertamente aquí hago balance de los hechos de resistencia más relevantes que tuvieron lugar en el continente europeo durante dos intensas décadas. Sin embargo, lo que nos interesa es más que nada hallar un denominador común que nos explique por qué la Resistencia tomó aquellas formas en aquel momento concreto. No lo olvidemos: ninguno de los movimientos armados opositores o anti-sistémicos posteriores —desde ETA o el IRA hasta las milicias serbias o kosovares— han reproducido la resistencia contra el invasor del período de la Segunda Guerra Mundial. Ni siquiera las oposiciones que han tenido un mayor grado de continuidad con el conflicto, como podrían ser las resistencias en las democracias populares del Este de Europa, optaron por repetir las. Sus formas fueron otras, más modernas, más relacionadas con la construcción de alternativas políticas. Y ello es debido —pienso— a la falta del contexto bélico mundial. La división de esferas de influencia entre las dos grandes potencias durante la Guerra Fría supuso algo muy distinto al conflicto caliente entre imperialismos y democracias, con aliados y legitimidades que proporcionaban un horizonte al que dirigirse. En la Guerra Fría a lo único que podían aspirar las resistencias era a mejorar su situación dentro del campo en el que habían caído; en la Segunda Guerra Mundial había una posibilidad real de liberación, si los aliados lograban vencer al nacionalsocialismo o si la guerra proseguía machacando a Franco o destruyendo a Stalin.

Si hubo un denominador común entre las diversas resistencias de la Segunda Guerra Mundial, ese sólo pudo ser algo que muy a menudo se ha dejado al margen cuando se ha escrito sobre la Resistencia: su aspecto de

oposición política. Normalmente, los investigadores de la Resistencia —en cualquiera de sus versiones regionales— han acostumbrado a subrayar sus aspectos patrióticos y nacionalistas. La abnegación y el sacrificio de los mártires nacionales que luchaban contra el invasor constituían ejemplo de ciudadanos, fundamento de la patria, garantía de futuro. Los caídos por la patria en la oscura tarea de la Resistencia eran considerados soldados del «ejército de las sombras» como los denominaba Henry Michel. Es decir, se les relacionaba con la misma tradición militarista de construcción de la nación que venía siendo habitual en Europa desde el siglo XIX. Los objetivos políticos de estos resistentes fueron a menudo descritos y recontados, pero tan sólo accesoriamente, como subproducto de su dedicación a la patria. Como demuestra sin embargo el caso flagrante de los comunistas, la Resistencia en la Segunda Guerra Mundial ha de ser entendida desde la perspectiva de lo político, como una actividad de lucha, de compromiso por un cambio social que era, *además*, un combate por la propia nación. Y ello más allá de concretas ideologías: la Resistencia —hasta la más pequeña— era en sí un acto político, una declaración por el cambio. La inmensa mayoría de los resistentes no quería volver al *statu quo* anterior a la ocupación. Luchaba por una nueva patria en una nueva Europa⁵.

Por una narración paneuropea de la Resistencia

Este libro tampoco tiene una intención comparativa, aunque, incluso sin pretenderlo, la comparación surge por sí misma al superponer los casos. Pero mi metodología no se basa aquí en contrastar lo que sucediera en determinado rincón geográfico con lo acaecido en otro distinto. Adopto en este libro una perspectiva *europaea*, es decir, de contar como un todo lo sucedido en nuestro continente, sin discriminar ninguna parte de él, ni excluir los sistemas políticos o económicos diferentes. Mi modelo ha sido el de la europeización de la historiografía que —en mayor medida que en España— ha surgido y revitalizado las escuelas del centro de Europa, sobre todo en la zona lingüística alemana, con autores como Wolfgang Schmale o Kiran Patel⁶. De hecho, la idea germinal de este libro surgió a partir de un antiguo proyecto que realicé en Potsdam acerca del concepto de Europa en la Europa del Bloque del Este, al examinar las raíces del europeísmo y comprobar su imbricación con la re-

sistencia⁷. La forma que el libro fue adquiriendo se inspira en los trabajos de Tomasz Szarota, *néstor* de los historiadores polacos y cuyos trabajos acerca de la vida cotidiana durante la Segunda Guerra Mundial me impactaron enormemente cuando los encontré por primera vez en una librería de viejo de Poznań, hace ya muchos años⁸. Después de la publicación de *La Europa clandestina*, giré mi atención hacia las policías secretas comunistas, lo que me ayudó a entender mejor algunos aspectos de la lucha subversiva y de la disidencia, en especial en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial⁹.

Por supuesto, en este libro no estoy intentando «igualar» comunismo con fascismo, ni este con el nacionalsocialismo, ni digo que Hitler y Stalin sean lo mismo. En su monstruosidad, los sistemas liderados y en buena medida conformados por ambos dictadores tuvieron aspectos muy similares, pero eran, en otros, muy diferentes. Por poner un ejemplo: el exterminio físico, biológico de los polacos, por parte de los nazis era muy distinto en objetivos y métodos de la soviétización forzosa de Stalin, que incluía deportaciones, masacres y desclasamientos, pero que, a la larga no buscaba su desaparición ni biológica ni cultural. Sin embargo, esto no significa nada en la práctica. A quienes eran perseguidos, encarcelados, torturados o asesinados les daba igual que fuera para mayor gloria del Tercer Reich que para traer el paraíso comunista a la tierra¹⁰. Cualquier persona que crea en la democracia y el Estado de Derecho considerará igualmente despreciable cada dictadura, con independencia de las consignas con las que se cubran. En esto me siento muy cercano a Carlo Rosselli, el resistente italiano al fascismo, fundador del movimiento socialista libertario *Giustizia e Libertà* y que fue asesinado por su oposición a Mussolini¹¹.

¿Qué fue la Resistencia?

La Resistencia en la Segunda Guerra Mundial se alimentaba de un impulso patriótico, de utopía nacional, un impulso que creía y se basaba en la soberanía nacional (no siempre en la individual). Sin embargo, su conformación como movimiento tenía mucho que ver con el carácter de oposición política. Como afirmó Milovan Djilas, líder partisano comunista y, con el tiempo, disidente del comunismo:

nuestros planes contra los ocupantes iban al mismo tiempo dirigidos contra las fuerzas del antiguo orden. (...) Sin la lucha simultánea contra el ocupante la Revolución era impensable e imposible de llevar a cabo¹².

Esto era así no sólo para los comunistas en todos los países, sino para gran parte de la resistencia por doquier: el hecho de haber *permitido* la ocupación demostraba el fracaso del sistema anterior a ella. Incluso allá donde la legitimación política del propio sistema se mantuvo en mayor grado —Dinamarca, Noruega, Holanda—, se fue consciente de los errores de apreciación política y de la necesidad de reformar el sistema de seguridad europeo. Esta reflexión constituyó, semilla y, origen de la efectiva política de unidad europea.

La Resistencia como movimiento organizado tenía, pues, tintes decididamente políticos, muchas veces con coloración violenta y bélica, que bebían de tradiciones nacionalistas (ya fueran de nacionalismo de Estado o de separatismo) y de experiencias políticas antisistema (comunistas, ultraderechistas). Es también un fenómeno ligado al desarrollo de las dictaduras antiliberales y de masas, totalitarias en su intento de asimilar cada rincón de la sociedad, de conquistar e invadir no sólo el territorio, sino las mentes. No se trata sólo de liberar un espacio, sino de cambiar un sistema; no se intenta únicamente restaurar la situación anterior a la guerra, sino lograr que lo sucedido no vuelva a pasar. Cambiar será palabra clave en toda actividad resistencial durante la Segunda Guerra Mundial. La revolución en ciernes será lo que una a la Resistencia en todos sus ámbitos con los movimientos políticos anteriores a la guerra, incluso cuando no hubo continuidad organizativa o programática¹³.

Las definiciones usuales de la Resistencia han hecho hincapié en su carácter militar. La Resistencia era la «cuarta fuerza», al lado del ejército de tierra, mar y aire. Incluso aunque los jefes respectivos no tuvieran confianza alguna en ella al principio —el Alto Mando británico regateó al SOE los medios económicos, Stalin no potenció sus partisanos hasta muy tarde—, se contaba con ella como instrumento a utilizar¹⁴. En su clásica síntesis de historia de la Resistencia, Henri Bernard definía la Resistencia como «la lucha *contra* los totalitarismos fascista o nazi y *por* el respeto de la dignidad humana»¹⁵. Sin embargo, ambas apreciaciones sólo explican parte del fenómeno. La integración de la resistencia contra los nazis en un esfuerzo de guerra general de los Aliados se puede considerar como parte

de esa «cuarta fuerza», pero el alcance del fenómeno resistencialista es mucho mayor.

No toda la resistencia tenía que ver con el militarismo —la expresión armada de un estado—, incluso cuando era violenta. El individualismo libertario o el ansia de revolución social no eran menos importantes. También es cierto que los «totalitarismos» —comoquiera que entendamos esta palabra— fueron su objetivo, pero a veces para promover otros de otro tipo, ya fuera comunista o nacionalista. El respeto de la dignidad humana se encuentra en muchas expresiones programáticas de la Resistencia, pero también muchas veces se encuentra sumergido en un mar de nacionalismo, colectivismo sin escrúpulos, odio racista o construcciones ideológicas anticomunistas —como el estereotipo del judeo-bolchevismo—. La liberación del individuo era por lo general ligada a otros factores: lucha social, lucha nacional. La historiografía marxista de los países del socialismo real solía distinguir también entre estos factores, pero introduciendo una leve diferenciación. Los movimientos de resistencia se dividían entre «popular-revolucionario» —definido como progresista y patriótico— y «burgués» —en el que reconocían tradiciones nacionalistas e independentistas¹⁶.

Quizá sea la definición de François Bedárida, historiador francés, la que mayor aceptación haya recibido: «una acción clandestina realizada, en nombre de la libertad de la nación y de la dignidad de la persona humana, por voluntarios organizados para luchar contra la dominación y la mayor parte de las veces contra la ocupación de su país por un régimen nazi o fascista o satélite o aliado»¹⁷.

Como vemos, en las definiciones de la historiografía occidental sobre la Resistencia queda olvidado por lo general el hecho —simultáneo o posterior— de la lucha contra los ocupantes soviéticos, que en muchas partes poseyó exactamente la misma significación y fue realizada en las mismas formas y hasta por las mismas personas que la Resistencia contra los nazis y los fascistas —importados o locales—. Curioso resulta también que en la consideración de los historiadores soviéticos la Resistencia era también «una experiencia histórica única de la unidad de diversas fuerzas sociales y políticas, que destacó los valores universales: libertad e igualdad de razas y naciones, justicia social, democracia, derechos civiles y dignidad humana»¹⁸. Pero los soviéticos la enfocaban solo, por supuesto, contra la tiranía nazi y fascista. Incluso durante la perestroika, cuando se discutió con

total apertura el terror estalinista, reconocer que la resistencia contra la Unión Soviética poseía legitimidad, resultaba mentalmente imposible.

A partir de estas reflexiones he construido una concepción de lo que entiendo por resistencia. La *resistencia*, como la vamos a considerar en este libro, es un acto *consciente*, que busca objetivos *políticos*, incluso aunque esos objetivos no sean explícitos o concretos. Objeto de este libro es, pues, la resistencia *organizada* —aunque algo diremos de resistencias espontáneas—, con objetivos políticos —aunque sean a veces difusos— y en relación a un invasor considerado extranjero, aunque dadas las continuidades y entrelazamientos hablaremos también de la oposición a un régimen propio. Geográficamente, nos limitaremos a Europa, dejando fuera a la mayor parte de la Unión Soviética, de la que sólo nos ocuparemos en lo que respecta a la lucha contra los nazis en las fronteras ocupadas y a la resistencia anticomunista en los territorios soviéticos. Las fechas con las que delimitamos el principio y el final tienen un origen sobre todo político: entre el comienzo de la Guerra Civil Española y el comienzo del deshielo en la URSS (lo que implica el paso a un tipo diferente de oposición al sistema). Se trata, pues, de fechas un tanto arbitrarias —aunque apunten a un ciclo bastante evidente— y que podría haber terminado bastante después. No olvidemos que los últimos guerrilleros en Rumanía y en Ucrania —por poner dos ejemplos extremos— fueron exterminados a principios de los años 1960 y hubo casos aislados que cayeron sólo en los años 1970s.

La Europa clandestina

Pero no se puede dejar de lado que «los movimientos de resistencia en muchos países fueron continuación de la lucha antifascista de los pueblos contra sus [propios] regímenes»¹⁹. Antifascismo, pero también anticomunismo —a veces ambos— como elementos ideológicos que engarzaban una serie de actitudes difusas y de índole emocional, convirtiéndolas en una opción política. La Resistencia podría ser considerada, en cierta medida, como la última gran revolución armada europea.

Las estrategias y las formas de resistencia fueron muy diversas. La guerrilla urbana en Europa Central, del Norte y en las capitales polacas, batallones de partisanos y maquis en el Este y el Sur, «pequeño sabotaje»,

espionaje a favor de los respectivos aliados, propaganda y prensa clandestina en todos los territorios, formas sociales de desprecio hacia el invasor y hasta *performances* de reafirmación de la identidad nacional o social, como el canto de canciones patrióticas —o revolucionarias— o el izado de banderas —incluyendo banderas rojas—. Intentar abarcarlas todas en un solo libro es una empresa arriesgada y sin duda imposible, no es ello pues objeto de este trabajo. Tampoco es posible contar y describir en un libro de estas características todos los grupos y organizaciones de resistencia del continente europeo en esos años. No sólo a causa del desigual estado de la investigación, que varía mucho de unos países a otros y de unos aspectos a otros, aunque ha mejorado mucho desde que escribí *La Europa clandestina*. Pero es que este libro no es —como hemos dicho— un manual de consulta sobre los movimientos de resistencia, ni tampoco una síntesis de ello, aunque también sinteticemos en él el estado de la cuestión y narremos el diverso desarrollo de los principales grupos.

Lo que pretendo aquí es interpretar y valorar la Resistencia durante la Segunda Guerra Mundial, incluyendo sus prolegómenos y sus epílogos. Quiero comprender su lugar en la historia de nuestro continente. Y quiero también reconsiderar el discurso usual en Europa acerca del tema, *unificar las distintas narraciones* que, en el Este y el Oeste, se han ido creando a consecuencia de la Guerra Fría y de su terminación. Para ello, hemos recordado la experiencia de las resistencias a la ocupación alemana durante la Segunda Guerra Mundial apoyándonos sobre todo en las menos conocidas vicisitudes de los habitantes de la Europa centro-oriental. Pero al hacerlo así, al poner el foco sobre el Este de Europa, nos encontramos de pronto con que nos vemos obligados a elevar la amplitud de la lente. Porque en el Este no sólo hubo una ocupación alemana, sino también una soviética. Las diferencias entre ambas, y entre su percepción, son evidentes. Pero el hecho es que una y otra estuvieron, en su raíz, unidas. Sin el desbordamiento de las fronteras europeas que llevó a cabo la Alemania hitleriana está claro que no se habría producido la expansión soviética.

He incluido en este libro también un breve acercamiento a la resistencia contra el franquismo tanto durante la Guerra Civil española como después. Esto era algo que no estaba en la primitiva versión, pero que me ha parecido imprescindible. La guerra española de 1936-1939 es, pese a sus orígenes internos, un capítulo necesario de la confrontación en Europa. El entrelazamiento entre el final de la guerra española y el comienzo de

la guerra europea en 1939 y del final de la contienda mundial con la reactivación de la resistencia antifranquista a partir de 1944 son capítulos que hay que mostrar, si se quiere comprender las características de las resistencias en el continente.

La experiencia de la clandestinidad es básica para este libro. En 1942, durante la propia contienda, un folleto propagandístico titulado *Underground Europe* intentaba convencer a la opinión pública norteamericana de que los europeos estaban manteniendo una actitud de resistencia contra la ocupación²⁰. También dos investigadores polacos escribieron hacia la mitad de los años setenta del siglo pasado una síntesis de los movimientos de resistencia contra el nacionalsocialismo llamada precisamente así, «La Europa clandestina». Era un libro que, aunque lastrado por la censura de la época, realizaba un esfuerzo intenso para describir uno por uno los movimientos antifascistas²¹. Dentro de los propios movimientos de resistencia, como cuenta el historiador polaco Franciszek Ryszka, muchas veces era ese elemento de clandestinidad, de escondida lucha de índole política lo que primaba. Esta consideración de lo clandestino entra de lleno en mi valoración de la Resistencia como un fenómeno político y social, y no sólo militar o patriótico.

El libro se compone de una serie de capítulos narrativos en los que expongo los hechos más importantes relacionados con las diversas resistencias, explico las organizaciones más relevantes y analizo más o menos cronológicamente la marcha de los distintos conflictos. Entreverados con ellos se disponen otros capítulos más breves, que podemos llamar temáticos, que profundizan en el análisis transversal de las resistencias. Al final del libro, y muy sucintamente, hablo de la memoria de la Resistencia y hago un balance de lo que significó.

Por muchas razones, que van desde la ya lejana división de la Guerra Fría hasta la posterior falta de interés en la historia de «la otra Europa», las síntesis, comparaciones e interpretaciones del fenómeno de la Resistencia que se habían hecho hasta ahora se dedicaban por lo general solo a la lucha contra los nazis en la Europa Occidental²². A partir de la apertura de 1956, una serie de conferencias comparativas sobre la Resistencia en Europa en las que participaron también algunos países del entonces Bloque del Este, arrojaron luz sobre el tema²³. En alguna de las mejores síntesis se ha incluido a veces la Resistencia antigermana en algunos países de Europa Central y Oriental, en especial Checoslovaquia, Polonia y, sobre todo,